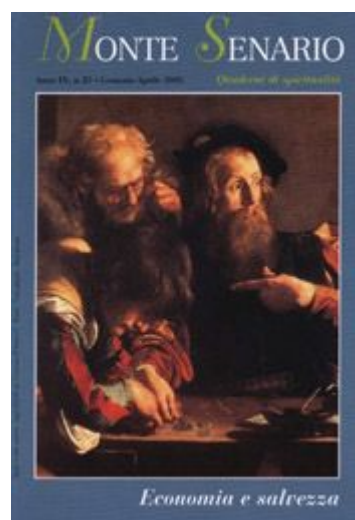


Artículo de Alberto Maggi para la revista Montesenario (Año IX, n. 25 Enero - Abril 2005).

Traducción de Antonio Paneque.

**LA COMUNION DE BIENES EN
JERUSALEN Y EN ANTIOQUIA.
LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES
LEIDOS HOY
(Hch 4,32-5,6; 11,26-30)**



“Vende todo cuanto posees, repártelo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos; Y luego ¡ ven, sígueme!” (Lc 18,22);

“No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta y lo depositaban a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad” (Hch 4, 34-35).

Entre la condición para seguirlo que Jesús pone a un personaje ilustre “*muy rico*” y la praxis de la comunidad judeo-creyente de Jerusalén no existe ningún tipo de continuidad. Mientras que Jesús pide al rico desembarazarse de todos sus bienes y dárselos a los pobres, los primeros judeo-creyentes vendían sus bienes, pero, en vez de entregar el importe de la venta para los pobres, lo capitalizaban, acumulando los beneficios dentro de su comunidad.

Es evidente que el modelo económico de la primitiva comunidad judeo-creyente no se inspira en las palabras de Jesús, sino más bien en el modelo de las comunidades monásticas de los Esenios, modelo que era de dominio popular en la época [1]: “*La regla establece que quien ingresa ponga su patrimonio a disposición de la comunidad, de modo que entre ellos no se observa ni el aspecto escuálido de la miseria, ni los fastos de la riqueza, y estando reunidas las posesiones de cada uno,*

todos tienen un patrimonio único en su condición de hermanos” [2].

La buena noticia

Los *Hechos de los Apóstoles* constituyen la segunda parte de la obra compuesta por Lucas (Hch 1,1) [3]. Si en la primera parte el evangelista presenta la enseñanza y las obras de Cristo, en la segunda señala las luces y las sombras de la práctica del evangelio, así como el modo como el mismo iba siendo entendido, o malentendido, por parte de las comunidades que estaban naciendo. Desde las primeras líneas del evangelio, se advierte en Lucas el interés y la preocupación por el aspecto social, por el tema del dinero y por el de la pobreza. De las cuatro veces que en el Nuevo Testamento aparece la palabra *mammona* [4], hasta tres se hallan en Lucas [5]. Los rabinos solían distinguir entre *mammona* mentirosa [6] y *mammona* veraz [7], para Jesús, en cambio, *mammona* es siempre deshonesto, es decir, la considera adquirida de manera injusta [8] y el único modo de rescatarla es usarla a fin de hacer el bien [9]. Jesús sitúa a sus discípulos ante una elección radical: “*No podéis servir a Dios y a mammona*” (Lc 16,13). El servicio a Dios y la acumulación de la riqueza son incompatibles, porque la confianza en el dios-dinero conduce al desprecio del Señor [10]. Pensar que se pueda usar la riqueza para servirlo mejor es una traición al mensaje de Jesús, una tentación diabólica (Lc 4,5-6).

Ya en el cántico que pone en boca de María, Lucas describe la acción del Señor afirmando que mientras “*colma de bienes a los hambrientos, despide a los ricos con las manos vacías*” (Lc 1,53; Sal 107,9). Igualmente, en la predicación de Juan el Bautista está siempre presente la llamada a la justicia social [11].

Cuando Jesús aparece en escena, sus primeras palabras son para anunciar el final de la condición de pobreza de los míseros, porque el Espíritu, recibido en el momento del bautismo, lo “*ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres*” (Lc 4,18), y la buena noticia que los pobres aguardan no es otra que el final de su indigencia.

Los ricos insensatos

Los primeros discípulos llamados por Jesús comprenden que deben orientar de otro modo su propia existencia y que deben realizar una elección radical; por esto, “*llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron*” (Lc 5,11.28). Jesús los declara “*bienaventurados*” porque esta opción por la pobreza les permitirá experimentar que Dios es el Señor (Lc 6,20). Jesús llora como muertos a los ricos

[12], los cuales son presentados como personas mezquinas que, en vez de poseer los bienes, son en realidad poseídos por ellos: *“Necio, esta misma noche te reclamarán la vida. Las cosas que preparaste, ¿ para quien serán?”* (Lc 12,20)

En la parábola del rico y de Lázaro, la descripción que Jesús hace del hombre rico es elocuente. Una agria diatriba entre Jesús y *“los fariseos, que estaban apegados al dinero, y escuchaban todas estas cosas y se burlaban de él”* (Lc 16,14), ofrece el contexto de la parábola. La narración parabólica comienza con la ilustración, en un solo versículo, de la figura del rico: *“Había un hombre rico, que vestía de púrpura y lino finísimo, y celebraba todos los días espléndidos banquetes”* (Lc 16,19). Con el esplendor de los vestidos el rico pretende poner una máscara a su pobreza interior y con la abundancia de alimentos pretende saciar el hambre de plenitud de vida. El lujo desenfrenado, la pompa de su existencia esconde la miseria de su vida. Cree que es rico, que no tiene necesidad de nada, *“pero no sabe que es un infeliz, un miserable, un pobre, ciego y desnudo”* (Ap 3,17).

Para Jesús, el valor del individuo consiste en su ser generoso (Lc 11,34-36). Por eso, en su enseñanza invita a donar y a donarse generosamente, a fin de parecerse al Padre (Lc 6,31-38) y para experimentar siempre, en cada instante, su presencia afable y solícita (Lc 12,22-31).

En la única oración que enseña, Jesús invita a sus discípulos a condonar las deudas de los deudores (Lc 11,4). No es posible que existan deudores y adeudados en la comunidad que ha hecho la opción por las bienaventuranzas. Si esto sucede es porque en su interior se hallan presentes pseudo-discípulos que no han acogido la exigencia propuesta por Jesús: *“Quien de vosotros no renuncia a todas sus posesiones no puede ser mi discípulo”* (Lc 15,32). El Señor excluye categóricamente que en la comunidad de los creyentes puedan entrar los ricos [13]. La comunidad de Jesús, el Señor, está compuesta toda ella por señores, pero los ricos no tienen cabida. “Señor” es aquél que da, rico es aquél que tiene. Todos pueden dar con generosidad, menos los ricos, que deben sus riquezas precisamente al hecho de no ser generosos [14].

¿Un solo corazón?

Muchas comunidades religiosas han tomado como modelo de vida la primitiva comunidad judeo-creyente descrita por Lucas en los Hechos de los Apóstoles: *“Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el importe entre todos, según la necesidad de cada*

uno... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad ” (Hch 2,44-45; 4, 34-35).

De esta descripción se desprende que los apóstoles se habían convertido en administradores de los bienes comunitarios [15]. Con el término *apóstol* [16] los evangelistas no indican tanto un título sino una función, que es precisamente la de ser *enviados, mensajeros* para una tarea determinada [17]. Jesús había llamado a los discípulos para enviarles *”a anunciar el reino de Dios”* (Lc 9,2) y ser sus testigos *“hasta los últimos confines de la tierra”* (Hch. 1,8); y les había pedido *“no llevar nada para el viaje, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero”* (Lc 9,3) y no estar inquietos o ansiosos por el propio sustento (Lc 12,29), dando de este modo prueba fehaciente de fiarse completamente de la asistencia del Padre que dona estas cosas a los suyos a manos llenas (Lc 12,31). Ahora bien, estos discípulos se han transformado en administradores sedentarios de la comunidad y ejercen un poder que es reconocido de modo unánime [18].

Los inconvenientes de este sistema económico se ponen bien pronto de manifiesto. A José, llamado Bernabé, que vende sus posesiones depositando el importe a los pies de los discípulos, el evangelista contrapone una pareja, Ananías y Safira, que *“prudentemente”* entrega a los apóstoles solo una parte de la ganancia, quedándose con el resto para si mismos (Hch 5,1-11). Se aprecia aquí cómo en el preciso momento en que la comunidad recurre a administradores de los bienes, anidan en ella la hipocresía y el fingimiento.

Lo que hace Lucas no es la exaltación de un modelo, sino muy al contrario una crítica severa del mismo. La comunión de bienes adoptada por la comunidad judeo-creyente de Jerusalén con la creación de una administración centralizada, fue un fracaso: dos tercios de la comunidad (Ananías y Safira contra José Bernabé) recurrieron a la simulación para huir del control de los administradores, y de este modo condujeron la comunidad a la ruina.

Si el ideal, del que se jactaba la comunidad de Jerusalén, era que *“la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma y nadie consideraba propiedad personal lo que le pertenecía, sino que todo era puesto en común entre ellos”* (Hch 4,32), la realidad mostraba un rostro bien distinto. De hecho, en esta comunidad surgen en seguida graves injusticias que harán nacer *“quejas entre los Helenistas hacia los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana”* (Hch 6,1). Es evidente que no solo no funcionaba la comunión de bienes,

sino que precisamente las categorías sociales más débiles sufrían marginación [19]. A partir de estos elementos, el evangelista hace como un presagio del hambre y la pobreza que esta comunidad deberá padecer (Hch 11,28-29).

Un modelo cristiano [20]

La comunidad judeo-creyente de Jerusalén, al menos al inicio, demostró no haber comprendido la radicalidad absoluta que exige el mensaje de Cristo. Se identificó, de hecho, con las instituciones religiosas judías, “*gozando del favor de todo el pueblo*” (Hch 2,47). El cuadro que dibuja Lucas no es un certificado que pretenda elogiar las bondades de la comunidad jerosolimitana, sino una denuncia de su comportamiento. Esta comunidad que goza de la simpatía y aprecio de todo el pueblo, no goza del favor de Dios, pues ha olvidado la advertencia de Jesús: “*Ahi de vosotros cuando todos los hombres hablarán bien de vosotros. Igual hacían sus padres con los falsos profetas*” (Lc 6,26).

A pesar de que Jesús había declarado el Templo “*una cueva de ladrones*” (Lc 19,45) anunciando su total destrucción (Lc 21,5), la comunidad judeo-creyente de Jerusalén sigue pensando en el mismo como institución aun válida y no deja de frecuentarlo [21]. Resulta sorprendente leer que incluso los fariseos forman parte de esta comunidad (Hch 15,5). Los fariseos eran observantes pios para los cuales Jesús era un blasfemo (Lc 5,21.30), y a los que no parecía ni siquiera rozarles mínimamente la novedad traída por Jesús, pues seguían imponiendo la circuncisión y otras prácticas religiosas de manera inapelable (Hch 15,1.5). En Jerusalén se sigue pensando que la Ley, ignorada y transgredida abiertamente por Jesús [22], sea válida, como declarará Santiago a Pablo: “*Ya ves, hermano, cuantos miles y miles de judios han abrazado la fe, y todos son celosos partidarios de la Ley*” (Hch 21,20).

Pero existe otra comunidad, nacida en tierra pagana por obra de evangelizadores procedentes del mundo y de la cultura griega, que no estaban sujetos a los nacionalismos de los discípulos de Jerusalén. Estos agentes de evangelización que inicialmente “*no proclamaban la Palabra a nadie excepto a los Judios*” (Hch 11,19), comienzan a anunciar el evangelio también a los paganos: “*Algunos de ellos, ciudadanos de Chipre y de Cirene, llegando a Antioquia, comenzaron a hablarles también a los Griegos, anunciando la buena noticia del Señor Jesús*” (Hch 11,20).

Y aquí, en tierra pagana, sucede un hecho inesperado: “*Y la mano del Señor*

estaba con ellos y un gran número creyó y se convirtió al Señor” (Hch 11,21). La *“mano del Señor”* es un signo de bendición (Hch 4,30; 11,21), expresión de la acción divina que acompaña y bendice la actividad de los evangelizadores y el resultado es que *“en Antioquía por primera vez los discípulos fueron llamados Cristianos”* (Hch 11,26). El Señor confiere poder a la actividad de los evangelizadores porque éstos realizan su proyecto de amor universal del cual nadie queda excluido.

Lucas contrapone, pues, dos comunidades: la de Jerusalén, ligada a las instituciones religiosas judías, y la comunidad surgida en tierra pagana, en Antioquia, donde los creyentes, por primera vez, no son ya considerados miembros de una de las muchas sectas judías, sino que constituyen algo nuevo: son seguidores de Cristo. La *mano del Señor* se extiende sobre Antioquia pero no sobre Jerusalén. Una vez que el mensaje de Jesús se ha liberado de la camisa de fuerza de la Ley y de las tradiciones religiosas, el Espíritu puede ahora producir frutos abundantes.

Mientras que en Antioquia los discípulos son reconocidos como Cristianos, viene a saberse que *“vendría una gran hambre sobre toda la tierra, la que hubo de hecho bajo el imperio de Claudio”* (Hch 11,27-28) [23]. La reacción de los cristianos antioquenos al anuncio de la carestía, de la que ellos mismos no se verían libres (*“sobre toda la tierra”*), es ejemplar. En vez de pensar en si mismos se preocupan en seguida de socorrer a los hermanos *“que vivían en Judea”* (Hch 11,29). Los antioquenos, que han acogido la buena noticia, creen en las palabras de Jesús [24] y tienen confianza plena en el Padre, que conoce bien todo cuanto necesita la comunidad (Lc 12,30-31).

Mientras que en Jerusalén los creyentes no poseen nada, todo es propiedad común, pero se encuentran en la indigencia, en Antioquia el modelo de comunidad es diferente. Aquí los creyentes sí poseen y, en completa libertad, deciden donar una ayuda a los hermanos judíos: *“Los discípulos determinaron enviar algunos recursos, según las posibilidades de cada uno, para los hermanos que vivían en Judea”* (Hch 11,29).

De la necesidad de socorrer a la comunidad judeo-creyente de Jerusalén, a la que será enviada la colecta (Hch 21,17), se deduce que la tan elogiada comunión de bienes no ha dado ningún resultado positivo. Esta comunidad, que se jactaba de que *“no había ningún necesitado”* entre sus componentes (Hch 4, 34), en realidad ha tenido que beneficiarse de *“una colecta a favor de los pobres presentes en la comunidad de Jerusalén”* (Rm 15,26).

Criticando con tanta severidad a la comunidad jerosolimitana, cuyo sistema se basaba en la comunión de bienes a través de la capitalización comunitaria de los mismos, el evangelista pone de relieve cuál sea la actitud conforme al mensaje de Jesús: es decir, la comunicación libre y responsable de los propios bienes, sin necesidad de administradores o de controles internos o de imposiciones (impuestos y diezmos), todo ello sin preocuparse de las propias necesidades sino de las urgencias de los demás.

La dependencia económica mantiene a las personas en un estado infantil, la gestión responsable de los propios bienes es signo de madurez y de edad adulta. Mientras la persona infantil está centrada en torno a las propias necesidades, el rasgo característico de la persona adulta y madura es su capacidad de ocuparse de los otros.

Allí donde hay libertad está el Espíritu (2 Cor 3,17) que empuja a los hombres a liberarse del egoísmo y del pensar en las propias necesidades para abrirse a las necesidades ajenas, en sintonía con la generosidad de la creación.

Los fieles de Jerusalén y los de Antioquia creen en el mismo Señor, pero son reconocidos como cristianos solo los de Antioquia, los únicos que, en vez de pensar en si mismos, se preocupan por los otros.

[1] (1) En la Regla de la Comunidad acerca de la admisión de los novicios se lee: “Y si los sacerdotes y la mayoría de los hombres del pacto deciden admitirlo en la comunidad, entonces sus bienes y sus propiedades quedarán incorporadas en las manos del...” (1QS VI, 18-19)

[2][2] Flavio Josefo, Guerra judía, II, 8,3, 122.

[3][3] Hacia el final del siglo segundo (150?) fue separada del escrito de Lucas la segunda parte del mismo y le fue otorgado el título de *Hechos de los Apóstoles*. Cf Ireneo de Lion, *Adversus Haereses* 3,1,1.

[4][4] La raíz de Mammona es 'mn, que significa aquello que es estable, sólido, la misma raíz que 'emet (fe). *Mammona* indica el patrimonio con referencia no solo al dinero, sino también a las posesiones en general y a todo aquello que tiene un valor que se puede contabilizar con dinero (por ejemplo, los esclavos).

[5][5] Lc 16,9.11.13; Mt 6,24.

[6][6] *Mâmôn šel šeqer* (Ex. r. 31 a 22,26).

[7][7] *Mâmôn šel ěmet* (Ex. r. 31 a 22,26).

[8][8] “*Difícilmente se libra de falta el negociante, el comerciante no quedará limpio de pecado. Por amor a la ganancia han pecado muchos, el que trata de enriquecerse procede sin escrúpulos. Entre dos piedras juntas se planta una estaca, y entre venta y compra se introduce el pecado*” (Eclo 26,20; 27,1-2).

[9][9] “*Haceos amigos con la riqueza injusta, para que cuando llegue a faltar, os reciban en las eternas moradas*” (Lc 16,8-11).

[10][10] “*El avaro maldice, desprecia a Yahveh*” (Sal 9,24; Sir 31,8).

[11][11] También para los publicanos es posible la salvación, siempre que no exijan nada más de cuanto ha sido determinado para ellos, y también es posible para los soldados que no hagan extorsión “*de nada a nadie*” (Lc 3,10-14).

[12][12] “*Ahi de vosotros, que sois ricos...*” (Lc 6,24). La aclamación (*ahi!*) de Jesús no es una amenaza, sino un lamento, como se acostumbraba a hacer en los velatorios (1 Re 13,30; Ger 22,18).

[13][13] “*Es mas fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios*” (Lc 18,25).

[14][14] El único rico que es presentado con tintes positivos en Lucas es Zaqueo, el jefe de los publicanos de Jericó. Pero una vez que ha comprendido que su riqueza es un impedimento para percibir la presencia del Señor, Zaqueo dona la mitad de sus bienes a los pobres y se compromete a restituir hasta “*cuatro veces*” (Lc 19,8) aquellas cantidades de que se hubiera apropiado injustamente, mediante fraude. Una vez que Zaqueo se desembaraza de sus riquezas entra también él en la bienaventuranza del reino (Lc. 6,20); ha comprendido que “*hay más alegría en dar que en recibir*” (Hch 20,35), y Jesús puede declarar: “*Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también él es hijo de Abraham*” (Lc 19,9).

[15][15] La insistencia con la que el evangelista coloca en el relato términos pertenecientes al campo semántico de la *posesión*, como *bienes* (Hch 4,32.34.37; 5,4), *posesiones* (Hch 5,1), *vender* (Hch 4,34.37; 5,1.4.8), *ganancia* (Hch 4,37), *importe* (Hch 4,34; 5,2.3), *campo/casa* (Hch 4,34.37; 5,3.8; 4,34), contrasta con la condición absoluta, que Jesús pone, de renunciar a todo aquello que uno posee (Lc 14,33) y de darlo en limosna (Lc 12,33), condición que, al menos en teoría, cumplieron sus primeros discípulos (Lc 5,11.28; 18,28-29). Es sorprendente que en la comunidad de Jerusalén esta condición no fuese considerada como un requisito indispensable (Hch 5,4).

[16][16] gr. *apostolos*, del verbo *apostellô*, enviar, cf Lc 11,49.

[17][17] Jn 13,16; Mc 6,30; Lc 9,10;

[18][18] Depositar algo a los pies de alguien significa reconocer su autoridad (Mt 15,30).

[19][19] Cf Pérez Márquez, R., *L'Evangelo della povertà secondo i Servi di Maria: fonti bibliche della Famiglia dei Servi sulla povertà*, en *Quaderni di Monte Senario*, (13), 2003, 128.

[20][20] Sigo las líneas interpretativas trazadas por Rius- Camps J., *De Jerusalén a Antioquia. Génesis de la Iglesia Cristiana. Comentario lingüístico y exegético a Hch 1-12* (Córdoba: El Almendro, 1989); *Comentari als Fets dels Apòstols I* (Madrid: Herder, 1991). Cf Fitzmyer J.A., *Gli Atti degli Apostoli. Introduzione e commento* (Brescia: Queriniana, 2003); Pesch R., *Atti degli apostoli* (Assisi: Cittadella, 1992); Barrett C.K., *Atti (I)* (Brescia: Paideia, 2003); Rolof J., *Gli Atti degli Apostoli* (Brescia: Paideia, 2002).

[21][21] “*Todos los días subían juntos al Templo*” (Hch 2,46; 3,1).

[22][22] Lc 6,1-11; 13,10-17; 14,1-5.

[23][23] La carestía, un tipo de calamidad para nada inaudita en la época, se abatió sobre algunas regiones del imperio entre el 46 y el 48.

[24][24] “*No buscad, por tanto, que comer y que beber, no os afanéis*” (Lc 12,29).